

Manuel Chaves Nogales
Barbarie y civilización en el siglo xx

Francisco Cánovas Sánchez

Alianza editorial

Diseño de cubierta: Estrada Design
Fotografías de cubierta: © Album / EFE

Reservados todos los derechos.
El contenido de esta obra está protegido por la Ley,
que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes
indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren,
distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria,
artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada
en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier
medio, sin la preceptiva autorización.



PAPEL DE FIBRA
CERTIFICADA

© Francisco Cánovas Sánchez, 2023
© Alianza Editorial, S. A., Madrid, 2023
Calle Valentín Beato, 21; 28037 Madrid
www.alianzaeditorial.es
ISBN: 978-84-1148-277-6
Depósito legal: M. 4.130-2023
Printed in Spain

SI QUIERE RECIBIR INFORMACIÓN PERIÓDICA SOBRE LAS NOVEDADES DE
ALIANZA EDITORIAL, ENVÍE UN CORREO ELECTRÓNICO A LA DIRECCIÓN:

alianzaeditorial@anaya.es

Índice

11	Preludio
15	1. Manuel Chaves Nogales. Su vida y su tiempo
	Manuel Chaves Nogales y los grandes acontecimientos históricos de inicios del siglo xx
105	Presentación. Sobre biografía, historia y obra
109	2. La Revolución rusa
159	3. La Alemania de Hitler
191	4. La Segunda República española
231	5. La guerra civil española
297	6. La agonía de Francia
323	7. La batalla de Inglaterra
343	8. El exilio republicano español
375	9. Legado y vigencia de Manuel Chaves Nogales
383	Notas
399	Bibliografía
409	Agradecimientos
410	Créditos fotográficos
411	Índice onomástico

A Virginia

Preludio

Manuel Chaves Nogales es uno de los escritores españoles más destacados del siglo xx. Sus crónicas periodísticas y sus obras literarias le han situado en un lugar privilegiado de la edad de plata de la cultura española. Abordó de forma sencilla y sugestiva una gran variedad de temas, animado por el deseo de ampliar el número de lectores, sin rebajar la calidad de sus artículos, relatos y reportajes.

Para conocer bien a un escritor, a un científico o a un artista hay que insertarlos en las coordenadas históricas de su tiempo, en las realidades sociales, culturales, institucionales y políticas, ya que, como señaló José María Jover, de esa manera se refleja la relación existente entre la biografía, la coyuntura histórica y la obra. En el caso de Chaves Nogales, la realidad social, el contexto cultural y los sucesos históricos que vivieron España y Europa entre 1897 y 1944 —la lucha por el sufragio universal, la crisis de la democracia parlamentaria, el papel destacado de los medios de comunicación, la aparición de las ideologías totalitarias y los sucesivos conflictos bélicos...— influyeron de forma determinante en su trayectoria vital, su visión del mundo, su escritura periodística y su obra literaria y su compromiso cívico. También, en su muerte, acaecida en 1944 en el exilio londinense, cuando apenas tenía cuarenta y seis años.

Chaves Nogales es uno de los mejores periodistas de su tiempo. Su talento, creatividad y singularidad alentaron un periodismo «nuevo, discreto y civilizado», dirigido a estimular la consciencia de los españoles y a suscitar en ellos el interés por los grandes acontecimientos contemporá-

neos. Sus reportajes fueron muy apreciados por los lectores españoles, europeos y latinoamericanos. Por otra parte, en obras como *La agonía de Francia*, *A sangre y fuego* y *Los secretos de la defensa de Madrid* se aprecia un pulso estilístico firme, un ritmo narrativo dinámico, una notable clarividencia y un rico mosaico de temáticas.

Sus dotes sobresalientes como periodista y escritor estaban fundamentadas en su gran personalidad: una recia voluntad, una notable capacidad de trabajo y una actitud emprendedora incansable, todo ello acompañado de una sólida cultura, un compromiso con la verdad y una fe insobornable en los ideales democráticos.

La dictadura de Franco, el conservadurismo académico y el anquilosamiento docente ocultaron durante varias décadas la obra de Chaves Nogales con una pesada losa de menosprecio y olvido. Pero desde los años noventa, conforme se ha reconocido la calidad literaria de sus relatos y se ha puesto en valor su jerarquía como cronista de una época, Chaves Nogales ha ido recuperando el lugar que le corresponde en la cultura española. Esta recuperación ha sido posible gracias a la labor desarrollada por investigadores, profesores y escritores como María Isabel Cintas, Ignacio F. Garmendia, Antonio Muñoz Molina, Andrés Trapie-llo, Jordi Amat, Charo Ramos, Juan Bonilla, Pilar Bellido, Felipe Benítez, Juan Marqués, Xavier Pericay, Ignacio Martínez de Pisón, Félix de Azúa y Jordi Gracia, así como por las editoriales Libros del Asteroide, Alianza Editorial, Espasa-Calpe, Castillejo, Clan, Almuzara, Renacimiento, Espuela de Plata, Confluencias, Austral, Norma, La Isla de Sil-tolá y La Table ronde. Asimismo, hay que destacar las publicaciones editadas por la Diputación de Sevilla, la Junta de Andalucía y la Univer-sidad de Sevilla. Gracias a todos ellos, Chaves Nogales es hoy reconoci-do como un excelente escritor y periodista.

El presente libro presta una atención especial a los grandes aconte-cimientos del siglo xx y a la visión que Chaves Nogales tuvo acerca de ellos. Tal como afirmó Josefina Carabias, el periodista sevillano realizó «una labor de notario de su tiempo», unos años sumamente convulsos en los que se produjeron hechos económicos, políticos y bélicos que conmocionaron al mundo. Sus escritos ofrecen perspectivas interesan-

tes sobre la enconada lucha desatada entre la barbarie y la civilización y reivindican «la paz, la libertad y la democracia», como manifestó el propio Chaves Nogales al final del ensayo *La agonía de Francia*.

Las crónicas, los reportajes y los relatos de Chaves Nogales constituyen un ejemplo de buen quehacer periodístico y literario, que debería servir de referencia y estímulo a las nuevas generaciones de periodistas y escritores.

Agradezco las sugerencias realizadas por Soledad Pardo, José Rayos, Javier Carro, Marta Robles y Antonio Chazarra. Asimismo, la colaboración de Cristóbal Colón y la excelente sintonía mantenida con Diego Blasco Cruces en el proceso de elaboración y edición del libro. La labor del historiador se caracteriza por la mejora continua. Deseo que el presente libro contribuya a ampliar el conocimiento de la vida y la obra de Manuel Chaves Nogales, a reconocer el lugar privilegiado que ocupa en la cultura española y a acercar al gran público su obra periodística y literaria, su visión de los grandes acontecimientos del siglo xx y sus ideas cívicas, humanistas y democráticas, que tienen hoy plena vigencia.

Francisco Cánovas Sánchez



Retrato de Manuel Chaves Nogales (ca. 1914).

Manuel Chaves Nogales. Su vida y su tiempo

Manuel Chaves Nogales nació en Sevilla el 7 de agosto de 1897. Sus padres fueron Manuel Chaves Rey y Pilar Nogales y Nogales. Su entorno familiar influyó de forma decisiva en su interés por la lectura, su proceso formativo y su orientación profesional. Su tío, José Nogales y Nogales, fue director de *El Liberal*, periódico sevillano que pertenecía al *trust* empresarial Sociedad Editorial de España, dirigido por Miguel Moya, que prefiguró el proceso de concentración empresarial que, a finales del siglo, impulsaría la constitución de grandes grupos de comunicación. Su abuelo, José Chaves Ortiz, fue un pintor de obras costumbristas, especializado en los temas taurinos. Su primo, Manuel García Nogales, compartió con él la experiencia del periódico madrileño *Ahora* y del exilio. Su padre, Manuel Chaves Rey, fue académico de la Real Academia Sevillana de Buenas Letras, correspondiente de la Real Academia de la Historia, y cronista oficial de la ciudad de Sevilla. Escribió obras teatrales y de temática sevillana y desempeñó una labor destacada en *El Liberal*.

A propósito de Manuel Chaves Rey, afirma María Isabel Cintas:

De su padre aprendió Manuel la consideración hacia el trabajo periodístico como fórmula de comunicación social, idea que empezaba a ser tendencia en Europa y América. Como él, se hizo masón. Y con él visitó asiduamente desde muy joven la redacción de *El Liberal*, donde se impregnó para siempre de la pasión periodística¹.



La infancia de Chaves Nogales transcurrió en Sevilla: [*arriba*] Chaves Nogales paseando con sus padres y con su hermana en la feria de Sevilla; [*abajo*] en la Alameda de Hércules (ambas, ca. 1902).

Chaves Rey falleció en 1914, a los cuarenta y cuatro años, poco después de haber sido elegido presidente de la Asociación de la Prensa de Sevilla. Pilar Nogales, la madre, tenía un talante enérgico y conservador. Profesora de música y concertista de piano, su principal cometido fue atender la casa y sacar adelante a sus hijos: Elisa, Juan Arcadio, Manuel, José y Leonor. De todos ellos, Juan Arcadio, como veremos más adelante, fue quien mantuvo una relación más estrecha con Manuel.

La casa familiar de Chaves Nogales estaba en la calle Dueñas, en el centro histórico de la ciudad, donde también naciera Antonio Machado. La plaza de Dueñas y las calles próximas acogieron los talleres de los carpinteros, los herreros, los electricistas, los zapateros, los impresores y otros oficios tradicionales. Por allí pasaban muchos artistas que se dirigían a la Casa de los Artistas, instalada en el palacio del marqués de Torrenueva. «La infancia de Manuel debió transcurrir entre los paseos familiares a la cercana Alameda de Hércules, su asistencia a algún colegio infantil próximo (“miga” o “amiga”, modalidad de acogimiento infantil muy frecuentado en Sevilla) hasta iniciar sus estudios en el Instituto de San Isidoro; y el acompañar a su padre, periodista redactor de *El Liberal*, a la redacción del periódico, actividad por la que sin duda manifestó desde muy pronto un gran interés»².

De la mano de su padre, el joven Chaves Nogales conoció el Ateneo, la Real Academia Sevillana de Buenas Letras, el Archivo Municipal y otras entidades sevillanas. «La adolescencia de Manuel se desarrolló pues en ambientes culturales frecuentados por su padre, pero que debían tener un gran atractivo para el hijo, que acompañaba al padre de buen grado e incluso lo ayudaba muy posiblemente en la confección de textos, cuando el material y la ocasión lo permitían»³. A este respecto, su colaboración en la *Crónica abreviada o registro de los sucesos de Sevilla*, que Chaves Rey elaboró entre 1911 y 1914, debió despertar su atención sobre los principales hitos de la vida sevillana: las visitas de autoridades, la Feria, el Rocío, los juegos florales, las huelgas y las novedades culturales y artísticas.

Por aquel entonces, en los primeros años de Chaves Nogales, España acusaba las consecuencias de la crisis del fin de siglo, que generó en

la sociedad un hondo sentimiento de decepción y fracaso. La pérdida de las últimas colonias de ultramar fue el detonante de la crisis. La llegada de los soldados maltrechos a los puertos y las estaciones de ferrocarril evidenció la gravedad de la derrota. De un día a otro, se pasó del triunfalismo al derrotismo y se inició un proceso de reflexión sobre las causas de la decadencia. El antiguo esplendor de la época imperial concluía y daba paso a una etapa llena de incertidumbre. España tenía un sistema económico obsoleto, ajeno a la Revolución Industrial, y parecía ser incapaz de afrontar los retos del futuro inmediato. En este contexto, Joaquín Costa, Benito Pérez Galdós y Santiago Ramón y Cajal enarbolaron la bandera de la regeneración de la vida pública.

La presentación en 1901 de *Oligarquía y caciquismo, como la forma actual del gobierno de España: urgencia y modo de cambiarla*, de Joaquín Costa, alcanzó una gran repercusión. Se trata de un informe elaborado en el Ateneo de Madrid, en el que participaron sesenta y una personalidades de todo el espectro ideológico. Según Costa, el sistema oligárquico y caciquil se articulaba a través de tres niveles: los oligarcas, prohombres o notables que constituían la «plana mayor» del sistema político; los caciques, que ejercían el poder territorial, y el gobernador civil, que gestionaba el poder político y administrativo en la provincia. «A esto está rendida y postrada la Nación», concluía Costa⁴. El régimen de la oligarquía y el caciquismo falsificaba la representación democrática, se alejaba de la ciudadanía y generaba corrupción. Ante esta situación, los españoles tenían que reaccionar, rompiendo las ataduras del sistema y estableciendo las bases para avanzar por la senda del progreso.

Benito Pérez Galdós, en el artículo «Soñemos, alma, soñemos», que inauguró en noviembre de 1903 la revista *Alma Española*, expresó su denuncia del derrotismo y la necesidad de superar la crisis:

Opongamos briosamente este propósito al furor de los ministros de la muerte nacional, y declaremos que no nos matarán, aunque descarguen sobre nuestras cabezas los más fieros golpes; que no nos acabará tampoco el desprecio asfixiante; que no habrá malicia que nos inutilice, ni rayo que nos parta [...]. El pesimismo que la España ca-

duca nos predica para prepararnos a un deshonroso morir, ha generalizado una idea falsa. La catástrofe del 98 sugiere a muchos la idea de un inmenso bajón de la raza y de su energía. No hay tal bajón ni cosa que lo valga.

Añadió que la crisis sería superada impulsando decididamente el desarrollo educativo y económico:

Necesitamos instrucción para nuestros entendimientos y agua para nuestros campos [...]. No queremos fealdad en ninguna parte, sino hermosura que nos enamore de nuestros campos, para que en ellos podamos vivir y gozar de cuanto da la naturaleza [...]. Procuremos, grandes y chicos, instruirnos y civilizarnos, persiguiendo las tinieblas [...]. El cerebro español necesita más que otro alguno de limpiones enérgicos para que no quede huella de las negruras heredadas o adquiridas en la infancia⁵.

Por lo demás, Santiago Ramón y Cajal alzó su voz para demandar la renovación de la vida pública. A su juicio, la derrota era una consecuencia de la deficiente actuación de los dirigentes políticos y los mandos militares. La utilización de la retórica patrioter, la errónea estrategia practicada y la ocultación de la realidad habían conducido a un contundente fracaso. Al igual que Costa y Galdós, Cajal pensaba que había que rechazar el derrotismo y priorizar la adopción de medidas que resolvieran los problemas de España. Uno de los manifiestos más expresivos de su patriotismo regeneracionista fue *Post Scriptum*, epílogo de su libro *Reglas y consejos sobre investigación científica* (1899), en el que planteó la necesidad de superar los efectos negativos del analfabetismo, el atraso científico y el déficit de recursos tecnológicos y propugnó el fortalecimiento del proyecto de país a través de la educación, la cultura y la ciencia. Proyecto de reconstrucción y modernización que tenía que ser asumido por todos los españoles, desde las clases privilegiadas a los trabajadores, asignando una misión especial a los jóvenes. Tras la consecución del Premio Nobel, la Facultad de Medicina de Madrid le rindió

un homenaje de reconocimiento de su labor docente y científica. Antes de concluir el acto, tomó la palabra y se dirigió a los estudiantes:

Hoy más que nunca urge este supremo llamamiento al heroísmo del pensar hondo y del esfuerzo viril. Me dirijo a vosotros, los jóvenes, esperanza del mañana. En estos últimos luctuosos tiempos la patria se ha achicado, pero vosotros debéis decir: «A patria chica, alma grande» [...]. Amemos a la patria, aunque no sea más que por sus inmerecidas desgracias⁶.

Al final de su libro autobiográfico *Recuerdos de mi vida*, Cajal expresó uno de los principios rectores que siempre había tenido: «Sólo la acción tenaz en pro de la verdad justifica el vivir y consuela del dolor y de la injusticia»⁷.

*

A comienzos del siglo xx Sevilla era una ciudad tradicional y preindustrial que permanecía anclada en el pasado. La mayoría de la población se localizaba en el sureste de la provincia. El único municipio que superaba los 100.000 habitantes era la capital, que en 1900 tenía 147.247 almas. La densidad de población de la provincia era de 1.042 habitantes por kilómetro cuadrado. En la pirámide de la población predominaban los tramos de edad comprendidos entre los 25 y los 50 años. A lo largo del siglo la población de la provincia de Sevilla creció el 1,14 por ciento anual acumulativo, por encima de la media española. La situación educativa presentaba unos niveles de atraso similares al resto de España. Los analfabetos y las personas sin estudios ascendían en la provincia al 66 por ciento, cifra que alcanzaba entre las mujeres el 71,2 por ciento. En Andalucía representaban el 74,9 por ciento y en España el 66,4 por ciento.

En 1900 la población activa de la provincia de Sevilla era el 38,5 por ciento, algo inferior a la media española. Los hombres representaban el 69,9 por ciento de esa cifra, y las mujeres el 30,1 por ciento. La

1. Manuel Chaves Nogales. Su vida y su tiempo



Dos imágenes de Sevilla a caballo entre dos siglos: [arriba] el prado de San Sebastián (ca. 1895), con la Giralda al fondo; [abajo] la céntrica y concurrida calle Sierpes (ca. 1910).

estructura productiva mostraba claros rasgos agrarios y rurales, aunque la industria y los servicios estaban más desarrollados que en las restantes provincias andaluzas. El 65,4 por ciento de los sevillanos trabajaba en la agricultura, el 18 por ciento en los servicios y el 16,6 por ciento en la industria y la construcción. Hay que resaltar el incremento del trabajo de las mujeres en los servicios, que alcanzaba el 57,3 por ciento. En el ámbito de la agricultura predominaban los cultivos de la triada mediterránea, el cereal, el olivo y el viñedo, aunque en las primeras décadas del siglo se afianzaron los procesos de especialización y modernización. Dentro del limitado panorama andaluz, Sevilla, consolidó, entre 1910 y 1930, un polo industrial integrado por empresas metalúrgicas, químicas, energéticas y textiles, disminuyendo el peso de la producción agroindustrial. La provincia de Sevilla generaba, en 1930, el 34,4 por ciento de la producción fabril de Andalucía.

A comienzos del siglo, la movilidad de la población sevillana era muy reducida. Los habitantes que procedían de otras provincias españolas representaban tan sólo el 12,1 por ciento. La población extranjera apenas alcanzaba el 0,3 por ciento⁸.

En aquellos años se fue configurando la red ferroviaria andaluza. En 1901 se inauguró en la plaza de Armas de Sevilla la estación de ferrocarril de la poderosa compañía MZA (Madrid/Zaragoza/Alicante), dotada de una nave de amplias dimensiones habilitada para el tránsito de locomotoras de vapor. Al año siguiente la Compañía de los Ferrocarriles Andaluces inauguró la estación de San Bernardo. La red ferroviaria andaluza amplió la movilidad ciudadana y promovió la articulación del mercado interior, el desarrollo de los primeros núcleos industriales y la exportación de productos básicos de la economía de la región como los minerales, el vino, el aceite y la fruta.

Pese a este incipiente desarrollo industrial, Sevilla era, según Chaves Nogales, una ciudad endogámica, estática y provinciana. Las élites dirigentes tenían dificultades para afrontar los retos de la modernidad. «La tragedia de Andalucía», afirmó, «es la falta de reflexión»⁹. En varios artículos llamó la atención sobre los problemas de los artesanos, colectivo muy arraigado en la ciudad, y las precarias condiciones de vida de

los campesinos, que alentaban una creciente conflictividad, que si no se afrontaba de forma conveniente podía generar manifestaciones violentas. La explosión de una bomba de baja intensidad durante la salida de la procesión de la Hermandad del Gran Poder en 1919 y el intento de asesinato del arquitecto Aníbal González durante la huelga de construcción de 1920 alcanzaron una gran repercusión:

Ha habido atentados sindicalistas, planta exótica que comienza a echar raíces; pero, sin embargo, los que aún no han perdido la conciencia de sus deberes, los que conservan el sentido de la honradez en la colectividad, los que trabajan afanosamente en las ciudades y no son labradores, ni harineros, ni delegados, ni siquiera proletarios, saben que hay algo espantosamente injusto en este régimen, que les obliga a satisfacer la codicia desmedida de unos cuantos. ¡Que no falte el pan!¹⁰

El panorama de la vida cultural y artística sevillana ofrecía claroscuros. Si bien brillaban personalidades como Antonio Machado, Joaquín Turina, Gustavo Bacarisas, Amante Laffón y Juan Ramón Jiménez, no es menos cierto que la cultura letrada se desenvolvía en los círculos de la gente acomodada y no se extendía a la mayoría ciudadana. Chaves Nogales denunció en diversos artículos el escaso número de librerías y el anquilosamiento cultural:

Lo peor de Sevilla es el sevillanismo [...], lo que más me desagrada en ella es su exaltación, sobre todo la exaltación literaria. Literariamente Sevilla está demasiado hecha, demasiado trabajada. Dejémosla estar. La única manera de no torcer su sentido será no pretender interpretarlo. No añadirle cosas; dejarla desnuda; cuanta menos literatura, mejor¹¹.

El joven periodista era consciente de que Sevilla estaba recluida dentro de sí misma y se iba alejando de la órbita de la modernidad. Este limitado ambiente cultural y la falta de oportunidades, como ha señalado Antonio Muñoz Molina, empujaría a jóvenes inquietos como Chaves Nogales a la emigración:

Venía del mundo estático, clasista, clerical, feudal, fosilizado de Sevilla. En la ciudad y en toda esa Andalucía estaba hirviendo una injusticia y un sistema de dominación despótica de la clase terrateniente que de vez en cuando estallaba en sublevaciones campesinas, con ecos de un milenarismo tan arcaico como la situación social contra la que se rebelaba. Sevilla fue la primera escuela en la educación política de Chaves Nogales. Allí conoció una oligarquía aliada con la Iglesia, con el ejército y la Guardia Civil, arrogante y parásita, encerrada en un provincianismo ignorante, en una modorra de la que sólo iban a despertarla, con resultados trágicos, los conatos de cambio traídos por la Segunda República. Para un espíritu instintivamente libre como el de Chaves Nogales, un destino de periodista acomodado en la provincia habría sido una condena. Buscó pronto los aires más abiertos de Madrid¹².

Como dijo Chaves Nogales: «Sevilla es bella y única aunque sus hijos tengan que abandonarla para hacerla aún más bella y única»¹³.

Cuando Alfonso XIII cumplió dieciséis años, el 17 de mayo de 1902, juró la Constitución y accedió al trono de España. Julián Casanova y Carlos Gil hacen esta reflexión: «Era un nuevo rey para un siglo nuevo. Una oportunidad para adaptar el sistema político de la Restauración a los nuevos retos y problemas que planteaba la sociedad; para cerrar las grietas que había dejado el Desastre de 1898 antes de que amenazara su propia supervivencia; para emprender, en suma, un programa de “regeneración” nacional, la palabra en boca de todos, repetida en los salones del Palacio Real, en los pasillos de las Cortes y en el último casino provinciano»¹⁴.

Los partidos dinásticos asumieron el discurso regeneracionista y elaboraron proyectos de reforma de la vida pública. Pronto aparecería un renovado republicanismo, aunque hasta finales de los años veinte no tendría una incidencia política significativa. Antonio Maura, líder del Partido Conservador, gobernó entre 1907 y 1909, pero su actuación autoritaria polarizó la vida pública. Maura intentó realizar al frente del Gobierno una «revolución desde arriba», ampliando las bases sociales

del régimen, sin poner en peligro su supervivencia, y acometiendo «las obras necesarias para remediar el descrédito en el que han caído las palabras»¹⁵. Tras las elecciones de 1907, pasaron por el Congreso de los Diputados más de doscientas iniciativas legislativas. El núcleo del proyecto maurista estaba configurado por la reforma de la justicia municipal, del sistema electoral y de la administración municipal. En el ámbito social, la creación del Instituto Nacional de Previsión, los Consejos de Conciliación y Arbitraje y la Ley de Huelgas trataron de reducir el «egoísmo de clase» y la conflictividad. Pero estas medidas, tan necesarias, no llegaron a aplicarse. Años después, Antonio Machado recordaría el fracaso del proyecto maurista de revolución desde arriba, «desde el ápice de la cucaña», y lo describió como «un reino de sombras empedrado de buenas intenciones», de sombras que fueron «vagas esperanzas de España»¹⁶.

La violenta represión de la Semana Trágica de Barcelona de 1909 provocó el cese de Maura en la jefatura del Gobierno y, a partir de ese momento, realizó una actuación política desestabilizadora. José Canalejas, líder del Partido Liberal Democrático, representó una alternativa progresista. Presidió el Ejecutivo entre 1910 y 1912, formulando ideas y proyectos para profundizar la democracia, eliminar los privilegios de la Iglesia católica y mejorar las condiciones de vida de los trabajadores. Su asesinato por el anarquista Manuel Pardiñas constituyó un duro golpe al proceso de cambio. Desde 1914, la fragmentación de los partidos, la crisis económica y la inestabilidad provocaron un progresivo deterioro del régimen. A juicio de Casanova y Gil, «en los años siguientes, con Gobiernos cada vez más inestables, el impacto político, económico y social de la Gran Guerra llevó al país al verano revolucionario de 1917, un punto de no retorno en el camino de la descomposición final del régimen»¹⁷.

En 1914, cuando comenzaba la Primera Guerra Mundial, falleció el padre de Chaves Nogales. Tenía entonces diecisiete años. Aquel mismo año ingresó en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Sevilla. Las necesidades económicas de la familia le obligaron a buscar trabajo, lo cual sería facilitado por los antiguos compañeros de su padre en el mundo de la prensa. Sus primeras colaboraciones fueron unos poe-



Chaves Nogales (de blanco a la derecha) entre los miembros de la redacción de *El Liberal*, periódico sevillano donde publicó sus primeras colaboraciones en prensa (ca. 1914).

mas amorosos aparecidos en la revista *Vida Artística* y en el periódico *El Liberal*. Estos tanteos poéticos serían abandonados cuando decidió apostar por el periodismo y comenzó a publicar artículos en *El Liberal* y *El Noticiero Sevillano*, los periódicos de mayor tirada en la capital andaluza.

En *El Noticiero* Chaves Nogales plasmó su visión de los acontecimientos de la ciudad en la columna «Apuntes trascendentales», en la que se advierte la influencia de su padre. Tal como ha resaltado Charo Ramos: «Allí, sobre todo a partir de 1917, año de la Revolución rusa, sorprenderá por su erudición, claridad y amenidad, y también por un compromiso social que expone en artículos que denuncian el trabajo infantil o combaten esa leyenda de indolencia que sigue agravando a Andalucía»¹⁸.

En esos primeros artículos pueden apreciarse ya destellos del estilo que iría perfilando al cabo de los años caracterizado por la atención a lo que sucede en la calle, la escritura cuidada y la mirada analítica y crítica, rasgos que conectaban con las nuevas tendencias del periodismo mo-

derno, que concedía prioridad a la crónica y al reportaje de actualidad. Este nuevo enfoque alentó el debate sobre el ejercicio de la profesión. Así, el 19 de mayo de 1925, Chaves Nogales manifestó en el *Heraldo de Madrid* que «la representación del periodismo actual debe confiarse exclusivamente a quienes de un modo genuino ejercen la profesión por sí». A su juicio, el periodismo había adquirido la condición de profesión independiente, caracterizada por «la regularidad, la disciplina y las limitaciones del profesionalismo moderno. El periodismo es hoy un título profesional»¹⁹. Estos cambios impulsaron el proceso de profesionalización y de mejora de las condiciones laborales de los periodistas.

Uno de los temas más abordados por Chaves Nogales en esta primera etapa de su labor periodística fue la Exposición Iberoamericana de Sevilla, que se fue demorando durante dos décadas hasta que finalmente se celebró en 1929. En varios artículos criticó la pasividad de las autoridades, la carencia de un proyecto definido y el retraso en la construcción de las infraestructuras. Por otra parte, también planteó la necesidad de impulsar una adecuada política de cooperación con los países iberoamericanos, algo que siempre consideraría prioritario.

Los preparativos de la Exposición Iberoamericana animaron a no pocos escritores a mostrar su visión de la capital andaluza. En esta línea, en 1921, Chaves Nogales publicó *La ciudad*, que tenía como subtítulo *Ensayos*, donde ofrece una perspectiva original y desmitificadora de la realidad sevillana. Como ha señalado Cintas, «no se para a contemplar lo que cualquiera ve, sino la Sevilla oculta, buscando las raíces de los tópicos sevillanos: los patios, los pregones, los gitanos, el cante jondo, las peinetas, la convivencia de las etnias, los tipos sevillanos, los personajes que pululan por la Venta Eritaña, el misticismo de las procesiones y el dolor como máxima expresión de la imaginería. Sin olvidar acercarse a la realidad social del momento en que escribe: la denuncia de la explotación de la mujer, la rebelión del pueblo pobre que habita los corrales de vecinos, tras haberse negado a pagar los abusivos alquileres»²⁰. Esta obra primeriza fue premiada por el Ayuntamiento de Sevilla y acogida favorablemente por la crítica. Rafael Castejón, por ejemplo, afirmó al poco de su publicación que el ensayo de Chaves Nogales «no es flor de

andalucismo exótico» y lo consideró «un descubrimiento desgarrador y neto del alma de Sevilla»²¹. La reseña de la revista *España* dijo que era «Un panorama complejo de episodios y reflexiones, desarrollados a la manera de crónica, en el que se estudia una vieja ciudad española: Sevilla»²². Tiempo después, la periodista republicana Josefina Carabias advirtió la necesaria transición que tenía por delante Chaves Nogales para llegar hasta el tipo de periodismo que pretendía realizar: «Estaba todo inundado de un lirismo juvenil, del que él sabía que tendría que desprenderse según avanzara en la carrera de *repórter* internacional, que era la que se había propuesto hacer»²³.

Por lo demás, la crítica actual ha ratificado estas valoraciones positivas. Así, Eva Díaz resalta la «absoluta actualidad» y «la modernidad» de Chaves Nogales e incluso advierte «de cuán necesario sería para cierta clase de *escribidores* locales tener la obra como libro de cabecera con el fin de evitar esas fiebres de tópicos, miopías y torpezas que tanto mal han hecho a la ciudad natal de Chaves Nogales»²⁴.

*

En 1919 Chaves Nogales conoció a Ana Pérez Ruiz, una joven sombrera, de familia humilde, atractiva, simpática y afectuosa, que compartiría con él toda su vida. Al año siguiente marchó a Córdoba para trabajar en el periódico *La Voz*, que había echado a andar un poco antes. El 27 de julio nació su hija Pilar. Después vendrían Josefina, Pablo y Juncal. Sevilla se le había quedado pequeña y sentía la necesidad de ampliar y consolidar el ejercicio profesional. El proyecto de *La Voz* era muy sugestivo. Financiado por la familia Rosés, contaba con unas instalaciones modernas y disponía de una buena rotativa. Tenía un formato grande y desplegaba sus informaciones a través de cuatro páginas. Se anunciaba como un «diario independiente y de gran información nacional y extranjera». Publicaba 3.500 ejemplares diarios. Chaves Nogales ejerció el trabajo de redactor jefe y de coordinador del equipo de profesionales. «La labor en el periódico es de organización del arranque, trabajos sin firma que sólo permiten pequeños cuentos, rápidas noticias o publica-



Foto de boda de Chaves Nogales
y Ana Pérez Ruiz (1919).

ción de textos ya publicados»²⁵, tarea que le permitió mejorar el conocimiento y la práctica del oficio periodístico, algo imprescindible para preparar el salto a Madrid, su objetivo inmediato. Al tiempo que desarrollaba el trabajo de *La Voz*, publicó varias colaboraciones en *El Sol* de Madrid y *El Liberal* de Sevilla.

El 13 y el 14 de junio de 1922 se celebró en Granada el Concurso de Cante Jondo, impulsado por el compositor Manuel de Falla, afinado en la ciudad, con la colaboración de Adolfo Salazar, Joaquín Turina, Óscar Esplá, Ignacio Zuloaga, Santiago Rusiñol, Miguel Cerón, Ramón Gómez de la Serna y Federico García Lorca, entre otros. El Concurso tenía el propósito de rescatar el cante jondo andaluz, que estaba



Reunión de intelectuales en el Ateneo de Madrid (ca. 1920). Entre los asistentes se cuentan, entre otros, José Ortega y Gasset, Gabriel Miró, Juan Ramón Jiménez y Ramón Gómez de la Serna. El séptimo desde la derecha de la fila central es Manuel Chaves Nogales.

en riesgo de desaparición, conservado apenas en la memoria de los viejos cantaores y asediado por las derivaciones comerciales de los cafés cantantes. En la Plaza de los Aljibes de la Alhambra de Granada tuvo lugar el certamen, abierto solamente a los aficionados. La dotación de los premios ascendía a 8.500 pesetas. García Lorca aprovechó la ocasión para presentar el *Poema del cante jondo*. Se grabaron las actuaciones de La Niña de los Peines, Tomás Pavón y José Cepero, y en la competición participaron cantaores veteranos como Diego Bermúdez «El Tenazas» y artistas emergentes que luego alcanzarían renombre como Manolo Caracol, que logró el primer premio compartido. Para la decoración se utilizaron telones de Ignacio Zuloaga y carteles de Hermenegildo Lanz. Chaves Nogales participó, junto a Eugenio Noel, Hermenegildo Giner de los Ríos y Miguel Cerón, en un debate sobre el arte flamenco.

La experiencia cordobesa fue muy positiva en el plano familiar y profesional, pero Manuel quería acometer nuevos retos y ello requería el traslado a Madrid, capital cultural y sede de importantes medios de comunicación. Tras un alojamiento provisional, se instaló con su familia en una casa alquilada, el número 6 de la calle Piquer, de la Ciudad

Lineal, moderno proyecto de desarrollo urbanístico en el norte de la capital, impulsado por el geómetra y urbanista Arturo Soria, que acogió a muchos profesionales de la clase media. El lema del proyecto era «en la Ciudad Lineal, a cada familia una casa, en cada casa una huerta y un jardín» y tenía el objetivo de ofrecer una alternativa para descongestionar la gran ciudad y recuperar un urbanismo fundamentado en la calidad, la vida personal y el contacto con la naturaleza. El proyecto, desarrollado a finales del siglo XIX y comienzos del XX, contemplaba la construcción de una *ciudad lineal* ilimitada, capaz de triangular el territorio uniendo varias ciudades. Tenía una sola calle, de 500 metros de anchura, en cuyo eje central se ubicarían las infraestructuras y los servicios, discurrirían los ferrocarriles y tranvías y se emplazarían los estanques y los jardines. Una zanja albergaría los tubos de las conducciones del agua, el gas y la calefacción. Un tubo neumático facilitaría el envío de las cartas y paquetes sin auxilio del cartero. Por lo demás, existiría un hilo eléctrico para la comunicación con la autoridad municipal del distrito, un hilo telefónico y un cable eléctrico para el transporte de fuerza motriz y la producción de luz²⁶.

Chaves Nogales valoró muy favorablemente este proyecto, como reflejó en sus escritos:

En España, la Ciudad Lineal, que es la concepción más vasta y genial que conozco, ha demostrado a muchos miles de ciudadanos españoles, que aún dentro del actual régimen de propiedad, dentro del capitalismo y de la concentración del trabajo, es posible esa liberación. Aquello que hace cincuenta años parecía una utopía —vivir en la ciudad con todas las ventajas del campo y ninguno de los terribles daños de la urbe— es una realidad gracias a ese movimiento de echarse hacia fuera que la mejor gente de todos los pueblos ha iniciado de una manera o de otra: construyendo ciudades satélites, grupos de casas baratas, ciudades jardín, etc.²⁷.

Posteriormente, se instaló con su familia en otros domicilios, que revelaban el itinerario que siguió por Madrid para atender sus intereses pro-

fesionales y culturales. En 1928 residió en el número 9 de la calle Ríos Rosas, más cercana al centro de la ciudad. Después, cuando desempeñó la dirección de *Ahora*, vivió en el edificio del propio periódico, que ocupaba los números 16 y 18 de la cuesta de San Vicente, frente a los jardines del Palacio Real. Los primeros pasos de Chaves Nogales en Madrid fueron difíciles, dada la gran competencia existente en el mundo de la comunicación. A fin de ampliar sus relaciones personales y profesionales se acercó a las tertulias de los cafés Pombo, Colonial y Fornos, animadas por conocidos escritores y artistas.

El 13 de septiembre de 1923 Miguel Primo de Rivera, capitán general de Cataluña, dio un golpe de Estado que acabó con la democracia parlamentaria. Contó con el apoyo de Alfonso XIII, los mandos militares, las organizaciones empresariales y los grupos católicos. La mayoría de la población, cansada de la inoperancia del régimen de la Restauración, se mostró indiferente. Primo de Rivera difundió un manifiesto en el que declaró que la patria se iba a liberar, por fin, «de los profesionales de la política, de los hombres que por una u otra razón nos ofrecen el cuadro de desdichas e inmoralidades que empezaron el año 98 y amenazan a España con un próximo fin trágico y deshonesto»²⁸; también afirmó que había llegado el momento de movilizar al pueblo sano para terminar con la indisciplina social, los atracos, los asesinatos, la impunidad de los comunistas, el descaro de los separatistas y las críticas a la guerra de Marruecos. Ante esta situación, según Miguel Primo de Rivera, había que adoptar un remedio radical, poner un Directorio Militar al frente de las instituciones para imponer una paz basada en «el saludable vigor y el justo castigo». En un viaje oficial realizado a Italia, entre el 19 y el 24 de noviembre de ese año, Primo de Rivera elogió al líder fascista Benito Mussolini, a quien consideró el «apóstol de la campaña dirigida contra la disolución y la anarquía que iba a iniciarse en Europa»²⁹.

La primera etapa de la dictadura transcurrió entre los años 1923 y 1925. El Directorio Militar estaba integrado por ocho generales y un contralmirante y representantes de los diversos sectores del Ejército, pero Primo de Rivera ejerció el poder como «ministro único», con la

ayuda de Severiano Martínez Anido, subsecretario de Gobernación, y del general Miguel Arlegui, director general de Orden Público. Las garantías constitucionales fueron derogadas y se decretó la censura de prensa. El Directorio desplegó una política represiva contra los profesores, los comunistas, los anarquistas y los nacionalistas vascos y catalanes. Asimismo, practicó una política centralista a golpe de decreto. El 20 de septiembre los gobernadores civiles fueron sustituidos por militares. Poco después, se disolvieron los ayuntamientos y las diputaciones provinciales. Los militares se hicieron con el control de las instituciones administrativas y civiles con el objetivo de vigilar la marcha de los ayuntamientos y de la vida ciudadana. Otro de sus cometidos fue impulsar la creación de somatenes locales, milicias armadas integradas por «hombres sanos» para colaborar con las autoridades.

Miguel de Unamuno censuró esta deriva autoritaria:

No se trataba de llevar a cabo una revolución saneadora desde el poder; se trataba de evitar la revolución que se veía venir desde abajo [...]. Todo lo del saneamiento y el descuaje del caciquismo y el restablecer la autoridad no es más que bambolla y bambalinas, y modo de atraerse a los pobres aturridos que sueñan con los horrores del comunismo y del sindicalismo³⁰.

Unamuno fue cesado como catedrático de la Universidad de Salamanca y desterrado a la isla de Fuerteventura. Fernando de los Ríos, José Ortega y Gasset y Luis Jiménez Asúa renunciaron a sus cátedras. El conflicto se acentuó cuando los estudiantes universitarios se sumaron a las protestas.

Durante la primavera de 1924 se adoptaron varias iniciativas para institucionalizar el régimen. El Consejo de Economía Nacional, de carácter corporativo, estableció medidas económicas, canalizó los intereses empresariales y realizó diversas actuaciones intervencionistas. Eduardo Aunós impulsó el Consejo Superior del Trabajo, Comercio e Industria, con el cometido de desarrollar la legislación social y regular las relaciones laborales. José Calvo Sotelo asumió la reforma de la administración



Chaves Nogales y su esposa, Ana Pérez Ruiz, comiendo en un merendero de Madrid (ca. 1925).

local y provincial, plasmada en el Estatuto Municipal, promulgado el 8 de marzo, y en el Estatuto Provincial, un año después. Como no llegaron a celebrarse elecciones, los gobernadores civiles designaron a los concejales y diputados. Por otra parte, la dictadura quiso dotarse de una base social a través de la Unión Patriótica, partido que pretendía agrupar a los españoles de «buena voluntad e ideas sanas», para defender los principios de «Religión, Patria y Monarquía», similares al «Dios, Patria y Rey» de los carlistas.

La alianza militar de Francia y España, suscrita en julio de 1925 para atacar conjuntamente a Abd-el-Krim, acabó con la República del Rif. Las cabilas rebeldes fueron derrotadas una tras otra, y el 2 de octubre los aliados conquistaron Axdir, la capital rifeña. En la primavera de 1926 se produjo la rendición definitiva de Abd-el-Krim y la entrega

de los últimos reductos que proseguían la lucha. Este fue el momento de mayor popularidad de Primo de Rivera.

El 3 de diciembre de 1925 comenzó la segunda fase de la dictadura. Primo de Rivera designó un Directorio Civil que ejerció sus funciones, casi sin cambios, hasta enero de 1930. Dentro de él destacaban Eduardo Aunós, ministro de Trabajo; José Calvo Sotelo, ministro de Hacienda, y el conde de Guadalhorce, ministro de Fomento, pero el poder continuó estando en las manos del general y de sus colaboradores militares. En 1927 el Directorio puso en marcha la Asamblea Nacional, órgano consultivo integrado por altos cargos del Estado, el Ejército, la Iglesia y la justicia, por delegados de la Unión Patriótica, los ayuntamientos y las diputaciones y por representantes de las asociaciones empresariales y sindicales. Desde el comienzo de su actividad, el Directorio controló el orden de las sesiones y el contenido de los acuerdos. La Asamblea Nacional elaboró un proyecto de Constitución que seguía la línea de anteriores normas conservadoras: unidad de España, confesionalidad católica, soberanía compartida por las Cortes y el rey, que era el jefe del poder ejecutivo, otorgamiento al Gobierno de poderes extraordinarios... El texto definitivo de la nueva Constitución se hizo público en julio de 1929, pero, como veremos, ya era demasiado tarde para corregir la deriva autoritaria del régimen y evitar la creciente contestación de diversos sectores hacia la dictadura. Todos estos acontecimientos incidieron de forma determinante en el proceso de inserción de Chaves Nogales en la vida social, política y periodística madrileña.

A mediados de 1929 la situación económica se agravó, las huelgas se multiplicaron y el Directorio respondió deteniendo a los dirigentes sindicales y clausurando los centros obreros. La mayoría de los jefes del Ejército, las organizaciones patronales y sindicales, los emergentes partidos republicanos y los universitarios criticaron la gestión de Primo de Rivera. Así, la construcción de un Estado autoritario corporativo comenzó a desmoronarse. El propio Alfonso XIII, al advertir que carecía de apoyos, estableció una manifiesta distancia. En esta circunstancia, el 28 de enero de 1930 el general Primo de Rivera presentó la dimisión. «La esperanza de Alfonso XIII de cerrar un paréntesis de siete años y

volver a la situación anterior como si nada hubiera pasado fue una ilusión que apenas iba a durar un año. La suerte de la monarquía iba unida a la de la Dictadura que había consentido y aprobado»³¹.

*

Entre 1900 y 1936 se produjo en España un importante desarrollo de la vida literaria que fue protagonizado por tres generaciones de escritores. Según afirma José-Carlos Mainer, «ese proceso tuvo que ver con un movimiento editorial de notable magnitud, con la existencia de una prensa que daba trabajo a los escritores, con la constitución y ampliación de un público y con una nueva conciencia más abierta (y fundamentalmente estética) del país, todo en un contexto de libertad»³².

Dentro de ese proceso de florecimiento de las letras, el periodismo también vivió una edad de oro, impulsada por factores económicos, tecnológicos, sociales, culturales y políticos. La invención de la linotipia y el perfeccionamiento de las rotativas mejoraron sensiblemente los sistemas de producción; mientras que la evolución de las técnicas de impresión fotográficas, en particular la impresión en huecograbado, adoptada por las editoriales españolas a lo largo de la década de 1920³³, que permitió obtener mejores resultados en la impresión de fotografías y aportó una dimensión gráfica, llamativa y espectacular, que amplió la base de los consumidores de noticias. El aumento demográfico, el crecimiento de las ciudades, la elevación del nivel educativo, la implantación del sufragio universal masculino y la libertad de información demandaron unos medios de comunicación que informaran cumplidamente de los acontecimientos de su tiempo. Por lo demás, estos procesos de cambio impulsaron en las primeras décadas del siglo xx la transformación de las estructuras empresariales, surgiendo importantes periódicos: *ABC* (1903), *El Sol* (1917), *La Voz* (1920) y *Ahora* (1930), y revistas como *Alma Española* (1903), *La Esfera* (1914), *España* (1915), *La Gaceta Literaria* (1927) y *Cruz y Raya* (1933), entre muchas otras. El aumento de la competencia, la necesidad de mejorar la situación económica y de incrementar el nú-



Chaves en la sala de confección del *Heraldo de Madrid* junto a un linotipista. La linotipia revolucionó la composición tipográfica y, especialmente, la edición de periódicos ya que permitió que un número relativamente pequeño de linotipistas compusiera muchas páginas diariamente.

mero de lectores promovieron la asociación en 1906 de tres periódicos consolidados: *El Imparcial*, *El Liberal* y el *Heraldo de Madrid*. Este nuevo escenario creó las condiciones para que pudieran desarrollar su trabajo periodistas de la talla de Chaves Nogales, Corpus Barga, Ruano, Maeztu, D'Ors, Pla y Gaziel. Sobre el horizonte que se abría a los escritores consagrados y a los jóvenes periodistas, comenta Ignacio F. Garmendia: «Los periódicos de entonces no eran sólo excelentes porque acogieran a los mejores escritores del momento, que también, sino porque muchos redactores, cronistas y corresponsales hicieron un trabajo de altísima calidad, que ha emergido en los últimos años y debería ser objeto de mayor atención crítica y editorial»³⁴.